

De liderazgos, decadencias e incertidumbres

Hay que remontarse a los principios del siglo XX para encontrar una situación global de tanta inestabilidad y de tanto peligro como la que observamos en la situación mundial de los días que corren. El muy citado aserto atribuido a Mark Twain que la historia no se repite, pero rima pareciera cumplirse con bastante cercanía a lo que está pasando en estos tiempos en que transitamos desde la convulsión a la incertidumbre, ida y vuelta.

El evidente cierre de un ciclo cuando no el fin de una era, remarca y eleva la relevancia y la influencia del rol de los liderazgos individuales y con ello la desnudez de los instintos humanos más primitivos de consuno con las limitaciones en la comprensión, la racionalidad y la visión de la realidad y sus perspectivas. En la actualidad las acciones y también las omisiones de los principales dirigentes del escenario geopolítico del planeta parecieran no solo encarnar el decurso del desarrollo de los hechos y acontecimientos, sino también dar sello y tono a ellos muy acordes con sus propias limitaciones. Es el dominio de la mirada breve, estrecha y pletórica de subalternidades en la conducta de aquellos a los que sus circunstancias, las que les fueron dadas y las que supieron o lograron generar, han asumido los recursos y las palancas del poder, ya la corona, la banda, el bastón de mando o la pistola (sin seguro muy confiable) y encabezan con un gran predominio real o/y simbólico la marcha de los acontecimientos.

Son momentos en la historia en que liderazgos de personalidades individuales degradadas o de luces modestas conducen y



sobre todo, influyen o son factor importante de procesos de profundos, convulsos e inciertos de crisis y cambios.

En definitiva, se trata de aquellas individualidades que contribuyen con singular y excepcional influencia a crear las circunstancias, los espacios y las condiciones de los tiempos en que surgen los „monstruos“ que Gramsci supo señalar como producto de los claroscuros cuando el viejo mundo muere y el nuevo tarda en aparecer.

Es lo que sucedió a las finales de lo que parte de la historiografía ha llamado la “globalización victoriana” o “Pax Britannica” en un largo periodo de paz y estabilidad relativa en Europa a partir de los acuerdos del Congreso de Viena que concluyera en 1815. Sólo EE. UU. entonces podía ostentar la condición de República independiente en el continente americano.

Es el periodo en que Europa consolidó no sólo sociedades capitalistas de completa madurez y por tanto una estructura de clases definidas, sino también cosmovisiones de modo principal ligadas a los grupos preteridos, que les dieron sustento y “pegamento“ (Althusser dixit) a su autoconciencia y a su actuar en esas sociedades.

Fue el fin de un ciclo de paz y desarrollo (relativo y feble, sobre todo lo referido a la paz) que tuvo ya una cisura profunda en los procesos revolucionarios en 1848 y alcanzó una dimensión esencial en la Comuna de

París en 1871 tras la ruptura que significó la derrota de Francia frente a Prusia. Fue cuando los grandes imperios europeos por entonces centros incontrarrestables del poder global comenzaron a desarrollar dinámicas de crisis, conflictividad cada vez más abierta y a las finales decadencia.

Es el tiempo de los primeros años del siglo XX que tuvieron como corolario una guerra en dos etapas que comenzó en 1914 y concluyó en 1945. Tres décadas con un balance de alrededor de cien millones de muertos en el conflicto, dos generaciones casi enteras de jóvenes caídos, el intento de borrar un pueblo completo y su cultura hasta que comenzara a estabilizarse un orden global que consolidó nuevos actores, nuevas dinámicas y reglas de convivencia.

Es el orden nuevo que pasamos a llamar Guerra Fría, ese concepto que ya insinuó Orwell a fines del 45 y que consolidó Winston Churchill en Westminster College a principios de 1946.

En todo este proceso, complejo, estructural en el sentido de la transformación de los pilares de la sociedad, del “modo de producción y las fuerzas productivas” habría dicho Marx, tanto en el sentido del agotamiento como la puja por surgir de fuerzas y fenómenos nuevos es necesario poner una atención especial en el rol de los liderazgos individuales. Es la vieja y tan debatida dialéctica entre masas e individuo en la historiografía frente al desenvolvimiento en los diferentes planos desarrollo de la vida social.

Si observamos el mundo central (europeo) al iniciarse el siglo XX nos encontraremos con monarcas que no sólo eran en su mayor parte parientes entre si, los reyes de Alemania, Inglaterra y Rusia eran primos - aunque no muy avenidos porque terminaron en guerra- que la historia los reporta como no especialmente lúcidos ni brillantes acompañados por segundones que no le iban en saga.

Concluido el 19 la “gran Guerra“ las sociedades agotadas, frustradas y pletóricas de amarguras y carencias fueron

conducidos, más allá de la salida del escenario de los monarcas a los que hacíamos mención por figuras de poca monta para ser reemplazados por otros, algo más enérgicos, que entendían su función como la concreción de la revancha.

El rol y la función de los liderazgos en las naciones principales o hegemónicas antes de 1914 es un elemento clave en comprender cómo y porqué se desató una conflagración que tuvo como resultado no sólo un periodo de incertidumbre e inestabilidad de 30 años con dos conflagraciones mundiales, sino terminó reorganizando y transformando la existencia de las sociedades de un modo muy radical.

Al mirar los acontecimientos de entonces con la lente de la actual situación de crisis e incertidumbre la panoplia de protagonistas y liderazgos en los años anteriores al inicio en julio de 1914 de la Primera Guerra Mundial es inevitable no hacer comparaciones con los tiempos actuales. No de personalidad y personajes con algún correlato de hace un siglo, sino con la influencia y sello que marcan los diferentes actores principales en los distintos escenarios.

Es un ejercicio que es posible hacer en distintas crisis históricas y con mucha certidumbre a la hora de mirar los cambios de época y los fines de un orden que se ha mantenido por trechos importantes de la historia. Hay una evidente dialéctica entre el fin de los imperios y potencias y la degradación de las figuras singulares que los conducen.

No es tarea ni desde luego la calificación de las ciencias políticas, el análisis internacional y ni siquiera de los estudios históricos hacer juicios o disquisiciones psicológicas, pero sin instrumentos o herramientas de esta es imposible hacer acercamientos, precisiones, develar motivaciones de las conductas individuales de los liderazgos en acción de los distintos episodios de la historia y muy particularmente de los momentos de incertidumbre, crisis o necesidad de

decisiones en que es el entorno del que las asume o debe asumirlas el que espera sean concretadas por la voluntad individual del conductor.

La pregunta tan inútil como sin sentido ¿qué hubiese pasado sí? ante acontecimientos ya ocurridos gana un cierto sentido contrafactual a la hora de la búsqueda de causas de un acontecimiento o desarrollo visto desde las individualidades.

La historia camina no con una dirección teleológicamente predefinida, sino como resultado de la elección de opciones alternativas de las que en cada momento o encrucijada hay más de una posibilidad de continuación y la lucidez, entereza, estabilidad emocional o visiones estratégicas y de largo alcance o la carencia de ellas de las individualidades que conducen los cuerpos sociales en un determinado momento son un factor muy determinante en cómo y de qué manera se encaminan los procesos históricos, su dirección y resultados.

Al concluir la Guerra Fría con la implosión de la Unión Soviética, proceso en que sin duda la casta gerontocrática que había perdurado desde los sesenta del siglo XX había sido un factor decisivo, se abrió un nuevo escenario en la política global en que hasta la crisis de 2008 la hegemonía de los EE. UU. había sido incontestable.

Fenómenos políticos como la ampliación y consolidación de la Unión Europea, más allá de episodios de una cierta esencialidad y debilitamiento para ambos actores como la salida de Gran Bretaña de la Unión, el fortalecimiento, legitimación y búsqueda de la grandeza perdida de la figura de Vladimir Putin en Rusia post soviética que hace recordar las consecuencias por las injustas y humillantes condiciones impuestas a los perdedores por el Tratado de Versalles y sobre todo la consolidación cultural, material y de orientación de China abren un incierto, pero „cauteloso“ periodo que hemos llamado interregno hegemónico roto en febrero de 2022 cuando Rusia invadió Ucrania en la perspectiva de una

“Blitzkrieg” que devino en una guerra de desgaste prolongada y sin visos de una solución pronta.

Con ello se abrió un enfrentamiento por la hegemonía global con características singulares y en cierto modo sin precedentes, en un enjambre de conflictos abiertos en las distintas regiones (alrededor de 130 según la Cruz Roja) sin más hilo conductor que un liderazgo impredecible, arbitrario y a veces desconcertante de los EE. UU. a través de un presidente con un apoyo popular sólido -más allá de algunos síntomas de debilitamiento- surgido y legitimado en democracia. Sin hacer comparaciones mecánicas, forzadas o artificiales hay que recordar que el camino al poder del NSDAP el 33 en Alemania fue la democracia representativa en la República de Weimar.

En este proceso la UE, también la OTAN, ha sido abandonada cuando no confrontada por el liderazgo actual de los EEUU lo que ha desatado dos procesos, el uno un sensible debilitamiento de Europa en cuanto actor en el escenario de los poderes de primera línea en la correlación de fuerzas globales y la necesidad de esta de ir haciéndose cargo de su propia seguridad, la que había sido subvencionada desde el 45 por el poder americano en su parte occidental y en los países que habían sido miembros del Pacto de Varsovia por la Unión Soviética transfiriendo el 90 esta carga a los EEUU.

Más allá de lo que este estado de cosas ha significado, no sólo en Europa, en aumento del gasto militar ha obligado a los europeos - parte importante de su generoso gasto social era financiado por la subvención externa en asuntos relacionados a su defensa- a asumirla por sí mismo, lo que obviamente no tiene sólo una dimensión económica y ni siquiera exclusivamente material.

En ello ha de romper umbrales culturales muy sólidos producidos por dos enfrentamientos muy duros y crudelísimos.

La debilidad y la complejidad de las situaciones políticas en Europa, tanto las

internas como las relaciones en Bruselas hablan de una gran debilidad a la hora de enfrentar sus desafíos.

El aumento de la presencia e influencia de sectores de extrema derecha que se orientan tanto a un nacionalismo muy a contrapelo de la idea y propósito de la propia UE como al despliegue de políticas autoritarias que merman fundamentos esenciales de la democracia liberal y parlamentaria que dio sentido y sustento a la construcción social en esa región desde 1945 en adelante es uno de sus desafíos más provocantes porque hace a la esencia del avance civilizatorio que encarna la Unión Europea.

A esto se suma una izquierda declinante no sólo porque las propuestas de la extrema derecha horada sus bases históricas, sino y por sobre todo porque el fenómeno social y cultural que son y fueron, ese surgido de la imbricación de las ideas de la Ilustración con el desarrollo capitalista resultado de la revolución industrial, está en un proceso muy cualitativo y esencial de transformación. Es imposible no agregar que este fenómeno de la izquierda es muy global y no se reduce sólo a su existencia y manifestación en Europa.

El liderazgo en curso de EE. UU. con las características descritas ha roto por su parte con consistencia y de manera caótica las “normas, usos y costumbres” que conformaban, aunque en muchos casos sólo en el plano declarativo, el entramado de lo que permitió un orden que hacía previsible, mas no siempre respetada, la convivencia, las relaciones y las alianzas a nivel global. Esta conducta ha convertido a la incertidumbre en el fenómeno marcante de la realidad internacional.

EE. UU. o más bien su gobierno, con costos internos difíciles de mensurar con precisión, ha generado situaciones de riesgo y conflicto en zonas de por sí de alta potencialidad de extenderse que además dicen poco de su capacidad de aprendizaje de experiencias ya vividas. El rol del talante y las ensoñaciones del presidente del país no han sido irrelevantes a la hora de llevar

adelante las acciones que se propone o se le ocurren.

No es sólo Freud, si pudiera sentar en su diván al presidente de los EE. UU., el que podría explicar el estado de cosas actual, aunque daría necesarias, aclaradoras y valiosas claves de comprensión. Los cambios que estamos viviendo tienen que ver estructuralmente con un cambio cualitativo del modo de producción material de las sociedades, de las estructuras sociales en que las clases y grupos hasta ahora existentes tienden a transformarse, difuminarse y a surgir otros nuevos con intereses nuevos, distintos y divergentes, todos ellos con modos, técnicas y mecanismos de comunicación e interrelación entre los individuos y los grupos sociales que generan nuevas realidades e inéditas maneras de reflejarlas en la conciencia de esos individuos y esos grupos.

El deterioro de la política, como la hemos conocido hasta ahora, es sensible y patente y con ello el de los liderazgos. La razón y la racionalidad como clave de búsqueda en la aprehensión y comprensión de la realidad tiende a ser reemplazada por el gesto y la performance y con ello la vacuidad y lo efímero se convierte en la base de la comunicación.

En el plano internacional, aquella dimensión de la actividad política que suele tener memoria larga es, por ahora, el espacio más desafiado a generar vínculos e interlocuciones que fortalezcan el derecho internacional y el sistema multilateral lo que es vital para países pequeños y lejanos de los centros de poder como Chile más allá que es también parte en un sentido muy amplio de su espectro ideológico, parte del fenómeno de cambios que se muestra acompañado de un deterioro de la actividad política y de una banalización de los sujetos que la ejercen.